

Las sábanas blancas colgaban del tendedero, reflejando la luz de la mañana. Catalina las recogía como si fueran flores de primavera, aunque era otoño. Su padre había salido temprano al ayuntamiento; hacía tiempo que no la invitaba a acompañarlo. Terminó de recoger las “flores” y entró en la casa. El resto de la mañana lo pasó con su amiga Rita. Eran vecinas. Rita era un par de años mayor, recientemente había alcanzado la mayoría de edad, y siempre había sido más pícara que Catalina. Le contaba historias de noches en la taberna y la convencía de robar naranjas del señor Gil.

Desde que empezó la guerra civil, robar naranjas se había convertido en un deporte de riesgo, pero en esta disciplina, Catalina y Rita eran medallistas olímpicas. Catalina se quería retirar; en algún momento se tendría que casar y...

—Todos saben que después de tener hijos no puedes ser deportista de élite —pensaba que le diría su padre.

Por las noches, entre el olor a puro, el padre de Catalina, Vicente Baños, se reunía con diferentes hombres.

—Serían tres millones —silencio, humo.

—Sí, de eso se encargará el señor Gil.

—Tranquilo, sus hombres, y usted, serán tratados como merecen.

—Claro que sí, coronel.

Catalina sabía que el señor Gil no era de fiar y que se andaba con tejemanejes con el ejército. Rita, como siempre, convenció a Catalina de ir a robar naranjas.

Catalina volvió a casa para comer. Había sopa de ajo, como cada día. Ayudó a su madre, Amparo, una mujer cariñosa y atenta, que servía la sopa como si peinara a un ángel, sin perder nunca la compostura. Minutos más tarde, Vicente, un hombre serio y reservado, calvo pero con cejas grandes y grises, se sentó a la mesa.

—¡Amparo! Trae ya la puñetera sopa —dijo Vicente.

La madre de Catalina puso la olla en la mesa, le sirvió a Vicente y luego a su hija. Los tres sorbieron en silencio, hasta que Catalina hizo demasiado ruido.

—¡Catalina, por favor! ¿Cómo te vas a casar si no sabes comer? —le reprochó Amparo.

Catalina jugaba con su sopa, perdiéndose en ella.

—Tú no sabes con las que se junta esta, unas frescas —añadió Vicente.

—Perdón —concluyó Catalina, sin levantar la mirada.

Pero ese perdón no fue suficiente para su padre.

—¿Con amigas como esa cómo te voy a casar? —Vicente le dio una colleja a Catalina.

Volvieron a comer en silencio. Catalina pasó la tarde castigada en su cuarto.

Había quedado para robar naranjas y no podía fallarle a su amiga; además, estaba enfadada. En el muro de la finca, las dos amigas cuchicheaban su plan.

—¿No hay más gente de lo normal? —preguntó Catalina.

—Qué va, no hay nadie —respondió Rita.

—No sé, Rita, yo creo que es la última vez que hago esto.

—Pero si siempre dices lo mismo —Rita rió.

—Shhh, me da mala espina, pero venga, vamos —Catalina reprimió una risa con cierto enfado.

Las chicas saltaron dentro de la finca. La habían recorrido mil y una veces de arriba abajo, y aun así les parecía un oasis.

Se escurrieron entre las delgadas sombras, ocupando el mismo espacio. Rita era más alta y se encargaba de los árboles, Catalina, más pequeña, iba a las cestas. Llegaron a la altura del chalé.

—Aquí nos separamos.

—Suerte.

Rita siguió recto y se perdió entre las sombras de los árboles. Catalina se acercó al chalé. Giró la esquina; se oían voces dentro de la casa.

—Raro a estas horas —pensó Catalina.

—Yo apuesto 1000 —risas.

—Vaya farol.

—Pásame el brandy.

—Y un cigarro —risas.

Catalina vio las cestas, que no estaban en su sitio, sino en la puerta principal. Aquella era una prueba de la más alta dificultad, pero era su oportunidad para conseguir el oro. Se acercó con pies de gato, pegada a la pared. Vio pasar fuego por sus ojos cuando una colilla cayó al suelo. Se quedó inmóvil, esperó unos segundos y siguió. Con cada paso arrastraba más los pies, como si tuviese una sogá en los tobillos. Un disparo, risas, silencio y gritos de enfado la detuvieron. Catalina se escabulló hacia el escondite más cercano: las cestas. Allí, acurrucada en una esquina contra la pared, se quedó inmóvil unos minutos, observando cómo la luna avanzaba en el cielo. No iba a volver con las manos vacías. Empezó, lentamente, a guardarse naranjas en los bolsillos.

Se abrió la puerta principal, y del susto dejó caer parte de su tesoro.

—¿Has oído eso? —exclamó un oficial.

Catalina recuperó su botín y volvió a su posición de seguridad. El oficial se acercó.

—No veo nada, alumbradme un poco —continuó.

Otro oficial encendió una linterna desde más atrás. La sombra de las cestas proyectaba una telaraña sobre Catalina, quien, atrapada, no podía hacer más que escuchar los pasos acercarse.

—¡Ahí!

A lo lejos, se vislumbró una figura recogiendo fruta: era Rita. Los oficiales salieron corriendo tras ella, pasando frente a Catalina. Esta se quedó paralizada en su esquina, como una zarigüeya haciéndose la muerta. El coronel se quedó atrás y, cuando ya no pudo ver a sus hombres, se acercó lentamente a las cestas y se giró para coger una naranja. Catalina lo miró, como un gatito asustado. El coronel, una sombra, le devolvió la mirada, cogió una naranja y volvió sobre sus pasos.

—Perdón por el comportamiento de mis hombres, señor Gil —dijo el coronel.

—No se preocupe —contestó el señor Gil—. Ahora ya tienen con quién entretenerse —rio.

De madrugada, Catalina llegó a casa, y a las pocas horas su madre le abrió las cortinas. La despertó con un beso que olía a tabaco.

—Dúchate ya, que tenemos visitas.

Catalina, medio dormida, asintió.

—Y ponte guapa —le dijo Amparo, dándole otro beso.

Catalina se levantó, se bañó y vio el vestido. Dudó, pero se lo puso y comenzó a peinarse. Mientras se desenredaba el pelo, el cepillo se atascó. Catalina tiró con fuerza, sin éxito. Volvió a intentarlo. Nada. Otra vez, y nada... hasta que, con frustración, dio un tirón brusco.

—¡Ah! —Catalina se arrancó un mechón.

Se miró al espejo, los ojos enrojecidos, y siguió peinándose con más cuidado.

Bajó las escaleras como un río de seda, con el cabello perfectamente recogido y un vestido de día en tonos marrones y azul claro, de mangas abullonadas y cuello adornado. Aunque un tanto anticuado, el vestido había envejecido bien. Camino a la cocina, se cruzó con su madre.

—¿A dónde vas? —preguntó Amparo.

—A nada... —Catalina echó un vistazo por la ventana hacia la casa de Rita.

—Anda, ve al salón.

La mirada de Catalina seguía fija en la casa de su amiga.

—Pero...

Amparo le dio suaves empujones en la espalda, dirigiéndola al salón.

—Venga, venga...

Catalina asomó la cabeza al salón, sin querer entrar del todo, y entonces vio aquella sombra. Sus ojos de gato asustado se encontraron con los de él.

—¡Catalina! Acércate a saludar, por favor —dijo su padre con una sonrisa amplia. Vicente Baños era el alcalde del pueblo desde hacía cinco años. Sin embargo, el alcalde y su padre parecían personas distintas.

En el salón había alrededor de una docena de hombres uniformados, esparcidos en distintas constelaciones entre el humo de cigarro. A su pesar, Catalina obedeció a su padre y se abrió paso entre ellos.

—Coronel, Catalina, mi hija —presentó Vicente.

—Coronel Mariano Tomás, a sus órdenes —dijo el coronel, sonriendo a Catalina con los ojos y ofreciéndole la mano.

—Mucho gusto —contestó Catalina, estrechando aquella roca. Volviendo a la telaraña de la noche anterior.

—¿A que es guapa mi niña? Es mi posesión más preciada —añadió Vicente, frotándose las manos con satisfacción.

Catalina no era especialmente guapa, pero tenía unos ojos marrones infinitos. El coronel, ignorando al alcalde, la observaba intensamente. Aquella sombra ahora era alguien. No era alto, pero ocupaba el doble del espacio que Catalina y su pelo empezaba a pintarse de canas.

—Catalina, el coronel va camino a Teruel, y nos ha dado el honor de parar aquí —continuó Vicente.

—Espero que disfrute su estadía. Voy a buscar un café —dijo Catalina, intentando excusarse.

—Tráeme uno —ordenó Vicente.

—Dos —añadió el coronel, sin apartar la mirada de ella.

Catalina se escapó a la cocina, y luego, en cuanto pudo, salió corriendo hacia la casa de Rita. Golpeó la puerta. “TOC, TOC”. La madre de Rita abrió.

—¿Está Rita? —preguntó Catalina.

—Qué va, vete tú a saber dónde estará esa niña... —respondió la madre, antes de añadir—: Estás muy guapa, por cierto.

Catalina volvió con los cafés.

—Perdón, tuve que usar el servicio —se excusó.

A la conversación se había unido el señor Gil.

—Los rifles ya están en el camión —informó.

El alcalde le lanzó una mirada de reproche a Gil, que, con sus gafas, el pelo engominado intentando ocultar lo evidente, una sonrisa pantanosa y cuerpo de bolo, seguía.

—Por cierto, coronel, ¿qué le parece la muchacha?

El coronel rió sin mucho entusiasmo.

—Tiene buena edad para ser madre.

Catalina miró a su padre, que exhalaba humo.

—Catalina —dijo, humo—, te vas a casar con el Coronel Tomás.

Catalina observó su café y bebió. Era oficial: tendría que retirarse de la élite del deporte.

—Bueno, nos retiramos —anunció Vicente.

El señor Gil alzó su taza.

—¡Viva la República! —brindó, y se marchó junto a Vicente.

Catalina siguió bebiendo café.

—Nos casamos mañana, a las diez. En un par de días partiremos hacia Teruel —dijo el coronel sin más. No era la primera vez que se casaba.

Catalina no lo miraba a él, sino sus manos como rocas y las medallas de su traje; él también era medallista. Catalina asintió.

—¿Sabes dónde está mi amiga? —se atrevió a preguntar.

—No, pero son tiempos de guerra —respondió Mariano.

Camino a Teruel, Catalina iba en el coche mirando por la ventanilla.

—Sé que no querías casarte —comentó Mariano.

Catalina pensaba en el sabor de las naranjas.

—Yo solo quiero un hijo —continuó él.

Ella recordaba el sol de una mañana de primavera.

—Vale —respondió Catalina.

Siguieron su camino en dirección a Teruel en silencio. Meses más tarde, pasaron por Guadalajara hasta llegar a un pequeño pueblo minero en el noreste de Madrid. Allí se separaron; Mariano debía seguir el flujo de la guerra, y Catalina, con seis meses de embarazo, ya no podía acompañarle.

1937. Las sábanas no eran blancas, se pintaban de sangre. Mariano escuchó un pitido en los oídos. Catalina lloraba marrón infinito, las enfermeras corrían de un lado a otro. El pantalón de Mariano se le llenaba de sangre. Hacía semanas que Catalina estaba en Horcajuelo de la sierra y Mariano había marchado a Tarragona. Un recién nacido, mi abuelo, lloraba envuelto como el capullo de una flor. Mariano era cubierto por una sábana negra.

Catalina no volvería a robar naranjas, ni a vestir de blanco. Siempre recordaré sus ojos grises.

---

Catalina se quedó sola en un pueblo donde no conocía a nadie. Gracias a la bondad de una desconocida, encontró dónde alojarse y trabajar mientras criaba a un bebé, siendo asistente de la señorita Urquijo. Cuando mi abuelo pudo existir sin la presencia constante de Catalina, esta empezó también a trabajar en las minas, hasta que fue capaz de pagar la vuelta a su tierra natal.

Volvió a casa de su padre. Vicente ya no era alcalde y, tras dos años de malos tratos, Catalina se fue a Berga, Cataluña, con su prima. Ahí mi abuelo comenzó con su primer trabajo: relojero, a los ocho años, y le prometió a Catalina que le daría una buena vida. Mi abuelo y su trabajo (muuuucho trabajo) lo lograron. Julio Tomás (mi abuelo y mi padre) tienen un par de cojones, y eso... lo aprendieron, ambos, de Catalina.